

Por qué debemos conmemorar la revolución francesa

JAVIER TUSELL*

LA primera cuestión, quizá, a la hora de preguntarnos las razones por las que debe conmemorarse la revolución francesa es la de si hay algo específicamente francés en una era revolucionaria que afectó a las dos orillas del Atlántico y que afectó duraderamente a los destinos de la Humanidad. En cierta manera puede pensarse que no es así en cuanto que el sentido de esta revolución atlántica fue, si no idéntico, sí, por lo menos, semejante cuando hubo de plasmarse en instituciones políticas. Sin embargo, hay una peculiaridad radical en la revolución francesa que empieza por nacer de la posición de Francia en el mundo a la altura de 1789: en aquel momento no sólo tenía un presupuesto que era 25 veces el de los Estados Unidos, sino que contaba con la segunda ciudad del mundo y disponía del ejército más poderoso del globo. Lo que se ha denominado como la «revolución atlántica» no hubiera llegado a tener la trascendencia que tuvo de no ser por afectar al primer país del mundo: lo sucedido en los Estados Unidos podría haberse convertido en una anécdota o en un suceso marginal en la Historia humana. En cambio, al tener lugar en Francia una conmoción tan grave, su trascendencia fue mucho mayor. Es cierto que cuando se produjo la expansión revolucionaria de Francia hubo en el resto de los países europeos tendencias revolucionarias liberales autóctonas que contribuyeron a convertir al fenómeno en un acontecimiento a escala planetaria, pero no lo es menos que, muy a menudo, en esos otros países la revolución fue más inducida que espontánea, los patriotas liberales eran una ínfima minoría y las instituciones fueron con frecuencia una copia, más o menos fiel, del modelo francés. Francia dio, por tanto, a la revolución su carácter universal. Además sólo ella podía dárselo porque en realidad no había ninguna otra sociedad del Antiguo Régimen madura para una transformación de esta envergadura. A fin de cuentas, en los Estados Unidos una sociedad que partía de cero podía más fácilmente inventar sus propias instituciones políticas, pero eso era muchísimo más difícil en el viejo continente. Como Tocqueville escribió, el yugo del Antiguo Régimen pareció más insoportable allí donde era, en realidad, menos pesado. La revolución francesa fue, desde luego, anticipaciones, pero, antes que nada, resultó la consecuencia de una evolución de la Humanidad de orígenes contradictorios, pero cuyo resultado común fue

* Barcelona, 1945. Catedrático de Historia Contemporánea.

liberador. Sólo al haber sido francesa alcanzó la suficiente dimensión para toda la Humanidad, y sólo podía serlo porque en Francia el espíritu de las luces había llegado a poder llegar a tener una relevancia política directa e inmediata.

Pero lo decisivo es el contenido de esa revolución y para definirlo nada mejor que remitirse a lo que los contemporáneos dijeron acerca de ese fenómeno. Un patricio holandés, Van Hogen-dorp, definió los verdaderos términos de la lucha política en esta etapa revolucionaria, cuando afirmó que en toda Europa enfrentaba a dos bandos: uno de ellos creía en el «derecho de que el gobierno fuera ejercido por una o varias personas sobre la masa del pueblo, derecho que tenía origen divino»; el otro negaba cualquier derecho de gobierno «excepto el que surge del libre consentimiento de los que están sometidos a él» y sostenía que «todos los que participan del gobierno deben dar cuenta de sus actos». En estas frases descubrimos el nacimiento de una nueva forma de gobierno cuya trascendencia radicaba en la modificación radical de esos principios tradicionales considerados válidos hasta el momento. Los propios adversarios de la revolución se daban perfecta cuenta de cuál era el contenido real del fenómeno que tenían delante de los ojos. En 1792, Floridablanca, principal consejero del Rey español Carlos IV, le decía que estaba «al lado de un fuego que nos puede abrasar, destrozando la religión, la autoridad soberana de V. M. y la existencia misma de la monarquía y de todas las clases que la componen». Su indignación llegaba al culmen cuando, refiriéndose a Francia, decía a su soberano que «a aquel Rey le han dado el nombre de primer funcionario». Nada como esta frase revela lo que fue verdaderamente para la Humanidad la revolución francesa.

En suma, se trató del resultado de un esfuerzo gigantesco de los habitantes del hemisferio occidental para apresurar la liberación del hombre. Para ello, el Estado del Antiguo Régimen, basado en principios religiosos y en un orden social fundado en el privilegio, fue sustituido por otro que partía de la igualdad, al menos formal, de todos los individuos y que fundaba las instituciones políticas en el consentimiento de los gobernadores. En la sociedad del Antiguo Régimen también existían, a su modo, libertades, pero estaban inevitablemente ligadas a los privilegios de una minoría y resultaban, como mínimo, irregulares e intermitentes. La radical novedad de lo que había acontecido fue bien vista por Saint Just cuando afirmó que «la libertad es una idea nueva en Europa». En toda ella, aristocracia y feudalismo se enfrentaron con Constitución, Ley y libertad. Se había puesto en marcha un proceso que Tocqueville describió acertadamente cuando afirmó que «todos los hombres de nuestros días están empujados por una fuerza desconocida, que se puede moderar pero no vencer y que a veces les empuja con suavidad y otras les precipita, hacia la destrucción de la aristocracia». Con estas palabras el escritor francés revelaba que se trataba de un acontecimiento protagonizado no por unos pocos o por un sector, sino general, que no necesariamente podía darse por concluido, sino que estaba abierto y cuya forma de realización podía ser muy distinta aunque los resultados finales consistieran siempre en esa destrucción del Antiguo Régimen.

***NACE UNA
NUEVA
FORMA DE
GOBIERNO***

***LA LIBERTAD,
UNA FUERZA
DESCONOCIDA***

REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

De acuerdo con lo que piensan muchos historiadores, resultaría una simplificación juzgar a la revolución como el producto del protagonismo exclusivo de unas clases sociales o lo sería también que tan sólo algunos habrían resultado verdaderos beneficiarios de la misma. La revolución fue una explosión liberadora hecha por todos y para todos, aunque sus últimas consecuencias no siempre fueran inmediatamente advertidas. Los revolucionarios no fueron burgueses de la industria o el comercio sino burócratas ilustrados, pero además en los procesos revolucionarios jugó un papel esa turba urbana que un testigo español, Olavide, describió despectivamente como «lacayos, cocheros, carniceros y clases iguales». Girondinos y jacobinos no representaron, probablemente, intereses de clase distintos, sino ideas contrapuestas y, en cuanto a los «sans-culottes», es también más que arriesgado definirlos en términos sociales más que políticos. Ni siquiera la revolución cambió de una forma sustancial la vida económica o social de Francia, al menos de forma inmediata. En suma, más que hablar de una «revolución burguesa» habría que definirla como «una revolución democrática». Sucede que ésta, en su propia definición, llevaba consigo una transformación social inevitable e implícita cuya necesidad también supo ver, con su habitual perspicacia, Tocqueville. «Los que creen poder establecer de una manera permanente la igualdad completa en el mundo político sin introducir, al mismo tiempo, una especie de igualdad en la sociedad civil —escribió— me parece que cometen un grave error.» La democracia necesita, como requisito previo, una cierta homogeneidad social, pero, además, la impulsa pacíficamente, una vez establecida; lo hace de «una cierta manera» que es la de provocar la igualdad en el punto de partida y no en una homogenización total en el punto final. De esos rasgos de la «revolución democrática» derivan, en última instancia, todas las anticipaciones sociales de la revolución francesa.

Si en ellas están de acuerdo todos los historiadores, en cambio no son pocos los que en los últimos tiempos han tendido a limitar su impacto: uno, Arno Mayer, ha interpretado que en la primera guerra mundial todavía se ventiló la contienda entre el Antiguo Régimen y la revolución. En el fondo, no es una idea por completo nueva porque ya estaba implícita en el inevitable Tocqueville. Pensaba éste que en realidad a menudo se exageraban los efectos de la revolución; los propios franceses de su tiempo daban la sensación de haber querido cortar en dos su destino, pero sólo muy parcialmente habían llegado a conseguirlo, porque más que hacer nacer un nuevo mundo lo que habían hecho era desarrollar la herencia recibida. La continuidad, por tanto, respecto del inmediato pasado debe ser reconocida, pero también los contemporáneos, en todo momento, fueron conscientes del cambio que se había producido en la Historia de la Humanidad. Quizá, para definir la verdadera relevancia de la revolución sea preciso remitirse a esa condición de proceso. Importa de todos los modos recalcar el contenido, porque es él quien nos revela la magnitud de lo sucedido en Francia: el proceso que abrió la revolución francesa consistió nada más y nada menos que en iniciar el camino hacia la dependencia del Estado de la sociedad. Esa no es una revolución

más sino, con toda probabilidad, la única revolución política verdadera que se ha producido desde el siglo xviii. Lo que sucede es que, precisamente porque lo es, su ámbito geográfico y cronológico no se detuvo en el espacio como tampoco lo ha hecho en el tiempo; cuando en la actualidad presenciemos la expansión de los derechos de la persona, el derrumbamiento de las dictaduras tradicionales y un comienzo de resquebrajamiento en los totalitarismos de otro tiempo, en realidad no somos otra cosa que espectadores de un proceso que se abrió en 1789. Desde aquella fecha la Humanidad ha vivido un proceso sujeto a avances y retrocesos pero cuya esencia sigue siendo la misma. De nuevo, una cita de Tocqueville resulta muy esclarecedora de lo acontecido: «Se ve extenderse la pasión de la libertad, luego renacer, luego volver a apagarse de nuevo y de nuevo renacer». «Así volverá a suceder siempre», decía esperanzadoramente, y así ha sido porque, aunque la lógica de determinados regímenes sea contraria a la expansión de la libertad, en la de la naturaleza humana siempre habrá una ardiente sed de ella.

Sin embargo, la libertad siempre crece con dificultades, la mayor de las cuales es precisamente la ignorancia. El mejor ejemplo lo tenemos en el impacto de la revolución francesa en España, impacto inevitable pero que las autoridades del Antiguo Régimen español quisieron impedir a toda costa. La revolución francesa fue un proceso, pero también lo fue universal; los términos con los que hacía alusión a ella Floridablanca, el secretario de Carlos IV, demuestran sin la menor duda el temor a un contacto o a la transmisión de una catástrofe, porque son «peste» o «incendio». La sabiduría de la reacción le permitió enfrentarse con esa peste de la única manera en que podía hacerlo: sabía que el Antiguo Régimen sólo podía perdurar si lograba evitar radicalmente la llegada de noticias procedentes de más allá de la frontera. De ahí, el establecimiento de un cordón sanitario semejante al que dictaduras muy posteriores han impuesto en el vano intento de limitar la recepción de ideas aparentemente subversivas. Cuando estalló la revolución en Francia, en España ya se había limitado drásticamente la tímida libertad de prensa: la reunión de los Estados generales no apareció en la «Gaceta de Madrid» que tan sólo por esos días hizo alusión, respecto de Francia, a la imposición de un capelo cardenalicio por parte del Rey. No sólo se evitó que las ideas revolucionarias penetraran en España, sino que se trató de evitar incluso que los tradicionalistas las pudieran combatir; tan sólo en coplas populares se pudo hacer visible la «demonización» del francés, respecto del cual era lícito el asesinato porque era el «malicidío», es decir, la eliminación física del Mal absoluto. Decía una copla popular, desde luego muy poco informada acerca de la revolución: «¿Quién a las vírgenes puras violó con pérfidas manos? Los franceses luteranos». Pero la persecución fundamental no se dirigió contra los tradicionalistas sino contra cualquier indicio, incluso remoto, de conocimiento y defensa de lo que había sucedido en Francia. A los subditos franceses se les obligó, en Cádiz, a prescindir del uso de las escarapelas tricolores y de los chalecos que llevaban bordada la palabra «Egalité»; un pobre diablo que, borracho, había gritado simplemente «¡Viva París, viva Francia y viva España!

**LA LIBERTAD
CRECE CON
DIFICULTADES**

SANGRE EN ESPAÑA

ña!» fue condenado a seis meses de trabajos forzados. Tal cerrazón pudo por un momento dar la sensación de provocar una radical detención en la evolución de la política española. Los ilustrados españoles pensaban que lo realizado durante la época de Carlos III debía alcanzar su definitivo perfil en el reinado de su sucesor, Carlos IV; el primero, escribió Cabarrús, «ha creado, restaurado y promovido cuanto tenemos», pero, añadió, también ha «preparado mucho de lo que nos falta». Eso que faltaba, Jovellanos, prisionero, aislado y desesperanzado, lo veía muy lejano. «La época presente —escribió— si buena para meditar no lo es para publicar»; por ello, pensó que debía dejar su mensaje «para una generación menos distinta de mis principios». El Antiguo Régimen español se sentía en peligro por el simple hecho de la información procedente de más allá de nuestras fronteras; el hecho tiene su relevancia actual porque nos debe hacer recordar que la obligación, respecto de los regímenes que no respetan los derechos de la persona y cuyas instituciones no responden ante la sociedad, es, ante todo y sobre todo, dotarles de información. En realidad, el pesimismo de Jovellanos se demostró al poco tiempo injustificado, porque aunque fuera en el momento de la intervención militar francesa, se produjo también en España el desplome de unas instituciones que habían sufrido una crisis semejante en sus características, aunque no en su intensidad, a la que tuvo lugar más allá de las fronteras.

En España el colapso del Antiguo Régimen estuvo acompañado de derramamiento de sangre, crueldad a menudo gratuita e idéntica falta de respeto a los derechos de la persona que, más allá de la frontera, se produjeron, como consecuencia del proceso revolucionario, en Francia. Esto nos lleva a plantearnos un problema que tiene relevancia actual y la seguirá teniendo hasta el fin de los siglos, porque nos enfrenta con una cuestión tan decisiva como es del fin y los medios en la acción política y aun en la simplemente humana. En definitiva, la pregunta sería tan simple como la siguiente: ¿debemos aceptar la revolución como un bloque del cual no es posible desgajar absolutamente nada porque, al hacerlo, se mutilaría la realidad histórica? Todo suceso humano pasado se nos presenta con, por lo menos, una cierta ambivalencia: la revolución francesa, hoy conmemorada, tiene en su seno motivos de inspiración y de rechazo, anticipaciones esperanzadoras y el recuerdo del Terror, espectáculos de violencia y de fraternidad. Pero su caso es, además, especialmente significativo porque se convirtió en el ejemplo para el resto de los procesos revolucionarios que vivió la Humanidad a partir de aquella fecha.

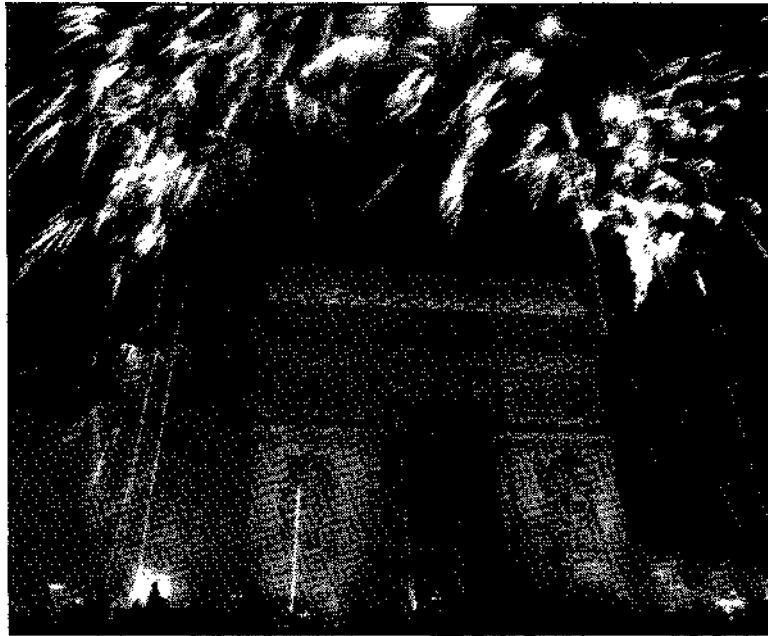
Clemenceau fue quien planteó la ardua cuestión cuando en enero de 1891 hizo esa afirmación en el parlamento francés, ligando de esta manera indisolublemente la fecha de 1789 con la de 1793, es decir, el fin del Antiguo Régimen con el Terror. Lo que importa sobre todo es señalar en qué circunstancia lo hizo: distinguir entre las dos fechas hubiera supuesto realinear a los republicanos de derecha que también se consideraban herederos de la Revolución con quienes tenían, por las razones que fueran, una procedencia distinta. Clemenceau consiguió un éxito político con su declaración de la revolución como un bloque, del que no se

podía olvidar el Terror, pero se trató de una maniobra política que puede enturbiar el juicio histórico y, sobre todo, la enseñanza para el presente. 1789 no es 1793, ni era obligado o inevitable en estrictos términos históricos, aunque, en cambio, resulte evidente que, al menos, un grado de violencia era esperable por una razón de índole estrictamente histórica derivada de la historia de las mentalidades; en efecto, la violencia no sólo no nació con la revolución sino que la precedió, siendo con toda probabilidad la forma de protesta popular por excelencia y aún, incluso, la única viable a esas alturas de los tiempos. De esta manera, la violencia puede ser comprendida, aunque, al mismo tiempo, tenga que ser condenada. Esas dos operaciones se refieren a momentos históricos radicalmente diferentes y, en cierto sentido, resulta más justificable la violencia en el momento revolucionario que con posterioridad. Cuando se ha tratado de presentar a 1793 como inevitable o como positivo, en realidad no se ha hecho otra cosa que dar indicios por el propio entusiasmo respecto de otra fecha distinta y posterior: la de 1917. Respecto de ella hay que indicar que respondió a unas condiciones históricas muy distintas. Sin embargo, es preciso indicar también un cierto factor de continuidad. La revolución francesa merece ser conmemorada por sus anticipaciones, pero no todas ellas fueron positivas. El totalitarismo fue un trágico invento del siglo xx, pero en Francia en 1789 hubo alguna perversa premonición de él. Es cierto que sería exagerado achacárselas todas ellas a Robespierre, pero no es menos evidente que resulta insostenible la afirmación de Babeuf según la cual el jacobinismo sería la misma democracia. Por el contrario, en él encontramos algunos antecedentes pésimos de situaciones totalitarias que todavía perduran en el mundo: la concepción de la política como una especie de mística religiosa, la práctica del genocidio contra el adversario político, la pretensión de hacer nacer un «hombre nuevo», el deseo de que una minoría, convertida en vanguardia, sustituya a la acción de la totalidad de los ciudadanos o la práctica del «Comité de Salud Pública» como gobierno supuestamente temporal que introduce luego una dictadura permanente. No, 1789 no justifica 1793. Conmemorar es también distinguir; conmemorar ha de servir también para exorcizar, es decir, para quitar justificación alguna a lo que no la tiene. La violencia es comprensible desde el punto de vista histórico, pero no justificable de modo retrospectivo. Más que afirmar que la revolución es un bloque, como dijo Clemenceau, habría que aceptar la declaración de Mitterrand: fue un todo, con mucho capaz de inducir al entusiasmo y no menos destinado al rechazo; fue un acontecimiento en que convivieron la esperanza futura y el terror del presente. Ahora que el debate político partidista sobre ella puede considerarse como superado, es posible darse cuenta de esta realidad.

Pero, afortunadamente, la mayor parte de las anticipaciones de la revolución francesa no tuvieron este carácter negativo sino otro positivo. El respeto de los derechos humanos no nació en 1789, sino que derivó de la tradición humanista y antes aun de la cristiana; la revolución plasmó, sin embargo, este respeto en fórmulas políticas y en textos legales. Francia durante el período revolucionario suprimió la esclavitud, propuso la igualdad de la mujer, fa-

LA REVOLUCIÓN DE 1917

voreció la instrucción generalizada y creó esa primera unidad de convivencia para la vida política que es el ayuntamiento. El debate sobre la revolución francesa nunca podrá declararse concluido y ello por la simple razón de que la revolución afectó a demasiadas personas durante tanto tiempo que siempre merecerá reflexión ponderada sobre su significación. En realidad, lo primordial de la revolución francesa no es tanto esas anticipaciones positivas como la magnitud de su influencia en la Historia humana. Se ha dicho que tan sólo un siglo después de acontecida, Francia empezó a vivir establemente bajo los principios que le habían dado origen. Sin embargo, señaló una senda tan clara en la evolución de la Humanidad que hoy, cuando en Polonia o en China apuntan indicios de transformaciones liberalizadoras, inevitablemente quienes las patrocinan se declaran hijos de la revolución francesa.



Actos conmemorativos de la Revolución Francesa.